

Alba Carballal

Tres maneras de inducir
un coma





Seix Barral Biblioteca Breve

Alba Carballal

Tres maneras de inducir un coma

© Alba Carballal, 2019

Representada por la agencia literaria Dos Passos

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2019

ISBN: 978-84-322-3464-4

Depósito legal: B. 29.809-2018

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

Este libro fue escrito con la ayuda de una beca de la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores durante el curso 2016-2017, al calor del talento y la complicidad de la XV Promoción.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

PRIMERA SECUENCIA

De cómo Federico conoció a Natalia, y de las cosas que ella le contó

*Seremos otros, seremos más viejos,
y cuando por fin me observe en tu espejo
espero al menos que me reconozca,
me recuerde al que soy ahora.*

ISMAEL SERRANO, *Vértigo*

Bueno, lo que les estaba diciendo: que cuesta mucho ser auténtica, señoras, y en estas cosas no hay que ser rúcana, porque una es más auténtica cuanto más se parece a lo que ha soñado de sí misma.

LA AGRADO, *Todo sobre mi madre*

I

Aquella vez iba a ser la definitiva, de eso estaba seguro. Dadas las circunstancias, y en gran parte debido a los diversos infortunios que se habían ido encadenando en mis anteriores tentativas, no me quedaba más remedio que saltar de una vez por todas. Los reflejos plateados del sol sobre la superficie de la piscina municipal de Chamberí me evocaban, entonces de un modo más nítido que nunca, la larga lista de motivos que tenía para tratar de mantenerme con vida, al menos por unos cuantos años más. Se oyó entonces un jaleo de ánimo desde el gradetrío norte: una especie de graznido, similar al que emitiría un ganso atragantado por un trozo de pan demasiado grande, me hizo recordar de golpe que el hecho de vivir con mi madre a los cuarenta y tantos no era una de esas poderosas razones para preservar a toda costa mi integridad física.

Mis dos mayores fobias se reunían en lo alto de aquel trampolín. Por un lado, estaba el irracional miedo a las alturas: en realidad era por esta razón, y no por nuestra precaria situación económica, por lo que mi madre y yo nos alojábamos en uno de esos espeluznantes bajos con rejas

que proliferan en Madrid. Por otra parte, la poca simpatía que profesaba hacia el líquido elemento hacía que mis sesiones de higiene personal no fuesen ni muy largas ni muy frecuentes, lo que siempre implicó un ahorro considerable en la factura del agua corriente. Decidido a enfrentarme a todo y a poner mi vida en manos de quién sabe qué, levanté el pie derecho del trampolín y me dispuse a dar un paso al frente. Fue en el instante en el que comenzaba a coger impulso cuando una voz femenina me hizo perder de golpe todas las fuerzas que había ido reuniendo hasta el momento.

—Te llaman.

—¿Cómo?

—Hay un tipo al teléfono, en la recepción, esperando a que te pongas. ¿A quién se supone que le has dado el número de la piscina?

Desconcertado por la información que Susana, la despampanante socorrista de la calle dos (nado lento), acababa de proporcionarme, descendí a trompicones los pocos escalones que me separaban del bordillo y me apresuré hacia el vestuario de caballeros, con intención de adecentarme antes de mantener contacto alguno con aquel individuo. Sólo después de un rato tratando de calzarme el pantalón sobre la piel aún húmeda me percaté de que el teléfono tiene la peculiar virtud de no ser un medio de comunicación en el que la apariencia de los interlocutores sea especialmente relevante. Sin más indumentaria que una toalla a los hombros y un chándal talla doce que dejaba entrever mis tobillos, corrí hacia la recepción. A diferencia de Susana, la recepcionista —nunca me molesté en conocer su nombre— era una mujer arrugada como una pasa y ácida como un limón. Nada más verme extendió el teléfono a través de la ventanilla, con una expresión

en la cara con la que parecía pretender desintegrarme y convertirme en ceniza. Por suerte, los esfuerzos que invertí en esta última tarea fueron del todo infructuosos y pude al fin, no sin que hubiesen pasado al menos diez minutos desde el aviso de la socorrista, contestar a la llamada de teléfono que, por todas las figuraciones que inundaban mi imaginación, me tenía hartamente intrigado.

—¿Diga?

—¿Es usted Federico Ramírez Leal?

—Efectivamente.

—Me ha dicho su compañera que estaba llamando a una piscina municipal. Supongo que se tratará de una cuestión de privacidad. —Evité entonces mencionar el detalle de que no tengo teléfono propio, aunque se trate más, por supuesto, de una cuestión de principios que de medios—. Le llamo por el anuncio por palabras que puso usted en el periódico hará cosa de un par de semanas.

—¡Ah! —No pude evitar un titubeo al constatar que alguien se decidía a ofrecer trabajo a quien se confesaba, en el mismo lugar donde debía publicitarse, un completo inútil sin ambiciones—. Mire, yo publiqué aquello porque mi madre insistió mucho en que buscara un trabajo, pero en realidad no tengo ningún interés en servir cafés ni en fregar suelos a estas alturas del partido.

—Ésa es justo la actitud que estoy buscando. La desfachatez está infravalorada, pero en el mundo real hay tareas que sólo alguien que haya perdido todos sus principios puede llevar a cabo con éxito. Tareas, por cierto, muy bien pagadas. ¿Nos vemos mañana a las doce en el Libertad 8?

Por aquel entonces hacía tiempo que los misterios habían dejado de suscitar mi curiosidad, pero la perspectiva de tener a mi madre de morros lo que quedaba de semana

—y aún estábamos a martes— hizo que mi último intento por librarme de aquel marrón fuese bastante pobre.

—¿A las doce? Hace siglos que no me levanto tan pronto.

—No esperaba menos de usted. Me refería, por supuesto, a medianoche. Segunda mesa a la izquierda. Venga solo.

Sin permitirme siquiera reaccionar, mi interlocutor cortó la comunicación. Le devolví el aparato a la recepcionista y, no entendiéndolo aún apenas nada de lo que acababa de suceder, volví al vestuario a terminar de vestirme y a recoger mi bolsa de deporte.

Aquel martes 13 de noviembre, al cruzar la puerta del polideportivo municipal de Chamberí con mi madre colgada del brazo, no tenía ni idea de cuán extraños eran los acontecimientos que se cernían sobre mi nuca, como una espada de Damocles imperceptible para el tipo que entonces era yo, y que hoy, más por mi desgracia que por mi ventura, ya no existe ni volverá a existir jamás.

II

En mi casa, que yo recuerde, siempre ha habido un televisor. Este hecho me ha proporcionado desde niño una gran libertad para hacer y deshacer a mi antojo, ya que mi madre, durante el horario en el que emitían sus programas predilectos —esto es, la mayor parte del día— me consideraba un muchacho bueno y responsable. Sólo durante los minutos que duraba el informativo —que no atraía ni un ápice de su atención— debía yo rendirle cuentas de mi comportamiento a lo largo de la jornada. En mis ya sobrepasadas cuatro décadas de vida, con pocos objetos estoy tan en deuda como con la vieja televisión de nuestra sala de estar. Tengo la fundada sospecha de que, cuando mi padre nos abandonó, fue la fuerza atractiva del televisor y no el amor que pudiera sentir por su hijo lo que hizo que mi madre no se fuese tras él y se quedase en casa, conmigo. Mi padre se dio a la bebida y eso le llevó a alejarse de mí lo antes que pudo. Mi madre, sin embargo, se dio a la caja tonta, y esto fue lo que la encadenó a su vida de siempre, a su barrio y a su retoño. Con el paso de los años, obedeciendo a ese fenómeno tan humano y tan curioso que suele convertir las costumbres familiares en tradicio-

nes casi inquebrantables, la de la televisión se convirtió en la única luz de la casa que mi madre y yo nos permitíamos tener encendida prácticamente las veinticuatro horas del día.

Esa misma noche, tras el episodio de la extraña llamada telefónica de cuyo contenido mi progenitora se había enterado —por fortuna— sólo a medias, un adivino de tres al cuarto leía el futuro de una sagitario de sesenta y tres años con intensos problemas sentimentales. Mi madre, como de costumbre, estaba concentrada en discernir las verdaderas predicciones de las palabras vacías del vidente. Sus propias conclusiones expresadas en voz alta tuvieron, al igual que cada noche, un cariz de verdad universal.

—Esa pobre mujer tiene más cuernos que un Miura.

Por mi parte, las veladas que pasaba frente al televisor solían consistir más en un mordaz divertimento que en un ejercicio de empatía con los bufones que, sin saberlo, me proporcionaban unas cuantas horas de entretenimiento gratuito al día. Hacía ya bastante tiempo que la vergüenza ajena era para mí un sentimiento olvidado. De hecho, la carencia de sentido del ridículo que había ido desarrollando a lo largo de los anteriores tres lustros, durante los que llevé a cabo tareas de lo más indigno por un sueldo de miseria, hacía que incluso la vergüenza propia me resultase una emoción difícil de experimentar.

Aquella vez, no obstante, lo que estaba sucediendo en la pequeña pantalla me traía sin cuidado. Algo me decía que quienquiera que hubiese tratado de contactar conmigo a través de aquel anuncio que coloqué en la esquina más recóndita de la prensa local se estaba riendo de mí; y que en algún momento las tornas se habían girado para convertirme a mí en el bufón de otro. No me malinterpreten: durante mi larga y variopinta trayectoria profesio-

nal había hecho cosas mucho peores que amenizar el tiempo de otros simulando ser un perfecto idiota. Sin embargo, la promesa de un sueldo elevado que aquel tipo me había hecho vaticinaba, a mi juicio, que todo sería una broma de mal gusto; y que si lloviesen millones en alguna parte yo sería el último en mojarme. En esas condiciones, y sin saber nada del supuesto encargo que se me iba a encomendar, mover un solo dedo del sofá con intención de acudir a la cita no denotaba más que una profunda estupidez.

Cuando todos estos argumentos comenzaban a sonar como incontestables en mi cabeza, un farfulto entre dientes de mi madre, que ya dormitaba, hizo retumbar por el salón la única palabra que siempre se le escapa cuando sueña con el día en el que su marido —mi padre— nos dejó solos en el mundo.

—Cobarde.

En los numerosos libros de autoayuda que mi progenitora ha ido recopilando a lo largo de los años, es un lugar común el hecho de que las mejores decisiones se toman, habitualmente, sin que en ellas medie una reflexión ni demasiado larga ni profunda en exceso. Mi historia no sólo demuestra que el instinto del ser humano es una herramienta imprecisa y que más nos valdría, como especie, alejarnos lo más posible de su uso y disfrute; sino también que los escritorzuelos de literatura cursi de bolsillo no son más que un manojo de farsantes: verdaderos maestros en el noble arte de plagiarse historias unos a otros para desplumar a viudos sin consuelo, mujeres aún esperanzadas tras un divorcio y algún que otro incauto adolescente.

Protegí a mi madre del frío otoñal de Madrid con la única manta de la casa —obsequio del supermercado del barrio— y, a pesar de que el insomnio ya se había apode-

rado de mí, hice un esfuerzo por retirarme a descansar: en el fondo sabía que acostarme lo antes posible sería la única decisión sensata que tomase aquella noche.

El reloj digital de la parte superior derecha del televisor marcaba las 02.54 cuando lo apagué con violencia —ya que sin violencia nunca se había apagado— mientras el vidente se despedía de la audiencia con su fórmula habitual:

—Queridos amigos, bendiciones y buenas noches.